



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Apuntes sobre la Edad dorada vs la Edad oscura de las clásicas

“Casa de Remolienda” de Santiago

Cristian Salazar Naudón.

“Se arrancaron con el piano / Que tenía la Carlina / Le echan la culpa a la Lolo / También a la Lechuguina / Cómo lo cargarían / Si no es vihuela / Dijo la Nena el Banjo / Con la Chabela” (Cueca “Se arrancaron con el piano”, de Nano Núñez y “Los Chileneros”)

Hubo una época en que las casas de *huifa*, de remolienda o de “tolerancia” (como se les llamó eufemísticamente, incluso en la legislación) fueron parte importante de la historia popular de la ciudad de Santiago, más de lo que el discurso histórico tradicional habitualmente les reconoce.

Para bien o para mal, los burdeles conformaron y concentraron aspectos de la vida social que el tiempo y los escrúpulos se han encargado de ir ignorando, hasta relegarlos al claroscuro, cuando no la negación casi absoluta condena.

Sin embargo, esta época que sonroja a algunos, tiene un período de actividad que equivale a su época dorada en Chile, especialmente por la imagen “romántica” que le construyeron quienes la vivieron de cerca, trayéndonos una idealización de ella. Y cada vez quedan menos de estos personajes, por cierto, últimos capaces de darnos una descripción integral de lo que fuera este ambiente y sus principales elementos de identidad.

Poco se ha explorado la relevancia de estos antiguos burdeles de Santiago, por ejemplo, en la formación del folklore y del costumbrismo nacional; en la relevancia que tenían sobre la vida del roto urbano y de todos los estratos sociales en general. Tampoco ha sido un gran tema de atención su importancia en la estructura social de los barrios de la capital, ahora convertidos más bien en un recuerdo vergonzoso o una picardía que el tiempo ha superado y cuya memoria pende del frágil hilo de la tradición oral, colgando sobre el abismo oscuro de la total desaparición en el conocimiento.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Contexto histórico y social de los burdeles clásicos

La prostitución era un problema social ya en tiempos de la colonia. Se verifica en parte con la creación de la llamada Casa de las Recogidas, del siglo XVIII, levantada a los pies del cerro Santa Lucía y donde hoy está la Plaza Benjamín Vicuña Mackenna, para acoger a mujeres abandonadas, menesterosas y también las “*de mal vivir*”. El asunto se heredó a la República y, según cálculos de Octavio Maira en 1887, había para entonces en Santiago una prostituta por cada cuarenta habitantes, lo que equivale a 5 veces más que París, en esa misma época. Si esta proporción es cierta, sumaría cerca de 5.000 trabajadoras sexuales en la capital chilena para aquellos años.

Es imposible negarse a aceptar la influencia que debe haber tenido esta fuertísima presencia en la vida social chilena, por lo tanto. Podemos especular, por ejemplo, que las “niñas” venidas del campo hayan introducido en la ciudad tradiciones campesinas, como el amuleto del “chanchito de limones” usado para sahumerios de buena suerte, o algunas apreciaciones supersticiosas sobre las plantas de ruda, sólo por nombrar dos casos que tenían arraigo en la vida de los burdeles. Las victrolas y otros viejos tocadiscos también fueron artículos popularizados especialmente por las casas de remolienda, según recuerdan sus viejos clientes.

Fue en este escenario (o aun peor) que Santiago enfrentó la celebración del Primer Centenario de la República en 1910. Tras la fachada de glamorosos festejos e inauguraciones ostentosas, la prostitución era uno de los campos de recreación y festejo favoritos de la baja sociedad masculina de aquellos años. La pobreza cundía en la sociedad chilena al ritmo de crecimiento de la misma, cuando prácticamente todo el andamio socioeconómico chileno se sustentaba en sólo dos estratos principales. Para los años veintes y treintas, por ejemplo, cuando crece la aparición de las casitas de remolienda, prácticamente dos a tres cuartas partes de la población de Santiago vivía en conventillos, régimen comunitario de residencia donde había carencias básicas de servicios, higiene, agua potable y ni hablar de comodidad.

La miseria material y moral domina a las clases más humildes; la falta de escolaridad y la plaga de la vagancia permitían panoramas desoladores sobre el futuro santiaguino. En la destrucción ética de la familia, donde la vida indigna, las carencias y el alcohol consumen la mayor parte de la convivencia, los jefes de familia se vuelcan a los vicios y se transforma en algo socialmente



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

aceptable la asistencia regular a los prostíbulos, al punto de que, en la convicción cultural, las visitas a los burdeles no son percibidas tan graves como lo sería la infidelidad, por ejemplo. Muchos adolescentes se gradúan en la experiencia sexual con prostitutas, con frecuencia alentados por sus propios padres, y no sólo en las clases más pobres como algunos han sugerido con cierta suspicacia.

Perfil de la Remolienda del siglo XX

Por alguna coincidencia con el Centenario de la Independencia, comenzó la época dorada de los burdeles o casas de remolienda de la ciudad de Santiago, que hoy identificaríamos como las clásicas, cuando empiezan a hacerse populares nombres que ahora constituyen verdaderos mitos de la *huifa* nacional.

Al comenzar el siglo XX, los locales están siendo visitados por una miscelánea clientela. No pertenecen exclusivamente a trabajadores pobres: también vienen intelectuales, escritores, políticos. En sus salones suenan repertorios de cuecas, tangos, valeses, boleros y uno que otro exotismo musical con instrumentistas en vivo. Sin embargo, el carácter popular estará determinado permanentemente por la naturaleza modesta de la mayoría de los clientes que asisten regularmente a la oferta chilena de remolienda, misma extracción de la que proceden las “niñas” que allí trabajan.

Parece que algo ha cambiado en el concepto del burdel, en esos años. Hay un traslado de escenario en la diversión popular, y conforme desaparecen las fondas chimberas y las viejas chinganas, los pianos y los chuicos ahora van a parar en las casitas de remolienda de los barrios bravos, donde el jolgorio sigue tan activo como siempre. Las casas "de tolerancia" son las que sirven ahora como centros de recreación del público, donde se encuentra música, comida y trago.

No hay claridad entre todas las fuentes que han abordado el tema, sobre ciertos aspectos internos a la actividad de la prostitución que fomentaron la proliferación de la actividad en Santiago. Cuesta una enormidad, por ejemplo, dar con las direcciones de las antiguas casas, tarea dificultada por la inexistencia de registros de actividad comercial “formal” de estos locales, como también de la memoria un poco confusa y ya deteriorada de muchos de los que alcanzaron a conocerlos, a estas alturas verdaderos sobrevivientes de aquella época.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Sí parece estar claro, sin embargo, que el factor de migración humana desde el campo a las ciudades tuvo relevancia. Era corriente que las "niñas" fueran *huasitas* sureñas, muchas de ellas menores de edad escondidas bajo gruesas capas de maquillaje de carmines y vestimentas recargadas, provenientes de familias muy pobres, mal constituidas o, simplemente, inexistentes.

Parte importante de la historia del pueblo chileno se escribió en estos prostíbulos, entonces. Y también algunos capítulos en la historia del folclore nacional, que tras las largas persecuciones a las chinganas en un intento por frenar la criminalidad social y los comportamientos lascivos, encontró alojamiento seguro y cómodo en estas casas de "niñas" felices y establecimientos por el estilo.

La vida del burdel

En muchos aspectos, los prostíbulos clásicos de Santiago equivalían a la función de los bares nocturnos y los pubs de la actual ciudad, donde el sexo por dinero era sólo uno de los aspectos en la oferta, como dijimos: también se iba a bailar, a comer, a escuchar al típico pianista homosexual tocando concentradamente un piano parcialmente afinado. Hubo burdeles con características de peñas folklóricas, o verdaderas academias de baile, de hecho.

Muchos clientes tenían a sus "niñas" favoritas de cada casa, como verdaderas *queridas*, pasando a dejarle flores, baratijas de obsequios o, simplemente, un beso en la frente. La mayoría de ellas eran muy jóvenes, todavía en la adolescencia, pues pasada cierta edad podían graduarse como regentas de sus propios burdeles, expandiéndose así el negocio, desde adentro, como una academia. De los prostíbulos más modestos en barrios marginales y casi arrabaleros, se pasó en el siglo XX a una época de mayor elegancia, con verdaderos palacetes como el que se recuerda alguna vez existió en avenida España llegando al Club Hípico, por ejemplo.

Hubo varios casos donde se cumplió, por lo mismo, el *cuento de hadas* de las prostitutas que fueron sacadas del ambiente por clientes mayores y adinerados que las desposaron, incluyendo el posible caso de una famosa fallecida del Cementerio General, cuya tumba es hoy una milagrosa animita que los fieles creen la morada final de una niña trágicamente muerta, dejándole por ello pequeños juguetes en ofrenda.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Pero la fidelidad de los clientes del burdel no era total: solía causar gran noticia la llegada de alguna nueva chiquilla desde provincia, motivando la curiosidad infantil de los “caseros” que partían rápidamente a salir de dudas y tratar de ponerse al principio de la fila.

Había elementos comunes y característicos, además, en los viejos prostíbulos con pretensiones de elegancia: poncheras de vino con fruta, estatuillas desnudas, sillones antiguos, jarrones que aspiraban a ser finos y muchos espejos en las paredes y las manos de las “niñas”, las que ocupaban gran parte del día peinándose o aplicándose polvos de colorete. Las cortinas y tapices cortaban los pequeños ambientes y espacios interiores. Los baños solían ser precarios, sin embargo, heredados de las casonas de principios del siglo XX donde la higiene tendía ser más bien una excentricidad: jarrones de loza picada y fuentes para el agua eran lo más corriente.

"Barrios Rojos" de Santiago

Existieron vecindarios y calles completas donde la remolienda tomó posesión, la mayoría de las veces contra el deseo de sus residentes, atrayendo mareas de clientes por las noches y toda una actividad comercial en torno a ellos: bares, garitos, tugurios, moteles, vendedores de bocadillos, comerciantes callejeros, etc. Muchos eran sitios peligrosos; ambientes violentos donde la muerte podía tocar de un momento a otro a los buscadores de amores furtivos.

También hubo burdeles en pleno centro de Santiago. Según la obra “Yo, Carlina X”, escrita en 1967 por Martín Huerta como biografía no autorizada de la famosa Tía Carlina, ésta habría iniciado su vida de trabajadora sexual en un antiguo prostíbulo de calle Moneda 22, asumiendo por algún tiempo la administración al fallecer su regenta, conocida como *la Mamy*. Otros se situaron hacia calles como Mapocho, San Pablo o la sempiterna Esmeralda, allí cerca del Mercado Central.

La tendencia era acumularse en ciertos barrios, por lo tanto. Así, en Estación Central existieron varios burdeles históricos que aún son venerados en el recuerdo de algunos viejos vecinos. De los más clásicos es el que inspiró los escenarios que Joaquín Edwards Bello incluye en “El Roto”, tras conocer el local hacia 1910, según su propia confesión. La casita era regentada por una tal Tía Ema Laínez en calle San Borja, altura 200. También se hallaban cerca de la Estación Central el burdel de la Ñaña, en Maipú cerca de la Alameda. Según los recuerdos del folklorista



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Nano Núñez, la Ñaña fue vecina del primer burdel propio de la Tía Carlina y quedaba a la vuelta de la casa de la Jovita, otro famoso refugio de remolienda de entonces.

Un barrio bravo célebre por el rubro era el conocido como Los Callejones, y quizás se trate del más importante "barrio rojo" de todos, por avenida 10 de Julio. Entre las calles Lira y Serrano, por ejemplo, se habría encontrado la casona de La Nena del Banjo, que parece haber terminado sus días no muy bien en el rubro, reducida a un decadente sitio ubicado en otro lado de Santiago. La Lechuguina estaba en el mismo sector de Serrano, más o menos entre Copiapó y 10 de Julio, en la vereda oriente. También habrían estado por allá La Guillermina (o al menos una de sus casitas, porque otros ubican su cuartel central más cerca de San Camilo); la Casa de las Siete Puertas por el lado de la avenida 10 de Julio y la casa de la Tía Rosita hacia San Francisco. Otros más estaban por Lira y Carmen.

Entre los de calle Emiliano Figueroa, aún consagrada al oficio, destacaba La Olivia y sus fiestas espectaculares de poncheras enormes. Por el sector de Mapocho, dominaban casas antiguas y aristocráticas como aquella de La Tía Claudia, en calle Esmeralda a pasos de la Posada del Corregidor, burdel que fuera escenario de un sangriento homicidio a principios de los noventas, que marcó el capítulo final de su existencia.

Vivaceta fue la sede de la mencionada Tía Carlina, el burdel disfrazado de *boîte* bajo el mote de "El Bossanova", la más famosa de todas las casas de remolienda de Chile, visitada por personajes nacionales e internacionales. Estaba por el 1200 de la avenida. Y existió también, en el mismo barrio, por ahí por el 1400, la llamada Casa de las Palmeras, que tenía un par de palmas afuera donde las "niñas" se paraban en las noches coquetamente, tentando a los clientes. Ambas casas han desaparecido ya.

Según recuerdan algunos sobrevivientes de esta epopeya, en el mismo vecindario hubo una casa de travestís regentada por un homosexual apodado *La Duquesa*, a causa de sus modales pretendidamente refinados y por las ropas femeninas exageradamente ostentosas, según su leyenda. Habría perdurado hasta los años ochentas, aunque algunos testimonios recogidos nos dicen que se cambió más tarde y ya en decadencia a un oscuro localucho del barrio San Camilo, dato inverificable a estas alturas.

Otros conocidos burdeles santiaguinos de antaño fueron también La Vieja Hereje, La Chabela, El Cielo, La Lolo, El Imperio Romano y La Tía Rosa San Martín.



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

Burdeles con disfraces

Una de las primeras casas de remolienda que se convirtieron al camuflaje comercial para esquivar las restricciones y evitar la clausura por parte de las autoridades, fue el citado burdel de la Tía Carlina, que logró mantener su actividad semi-clandestina disfrazándose de *boîte*, treta que fue usada varias veces por las casas de *huifa*. Muchos lupanares, de hecho, existieron toda su vida con fachada de cafetines, cabaret o salones de baile. Lo curioso es que, en algún momento, la fama de los espectáculos de La Carlina superaría el “prestigio” de sus servicios como centro de prostitución.

El local de la Tía Carlina fue rebautizado como “Cabaret Bossanova” y llegó a tener importantes visitas internacionales como público o como parte del show. También comenzaron en esta época las presentaciones de unos travestis que vivían en la casa, fundadores de un exitoso grupo de revista llamado el *Blue Ballet*, y que dieron una característica al negocio parodiado, años más tarde, por el comediante Ernesto Belloni en su *café concert* “Los años dorados de la Tía Carlina”.

El Bar Ronnie fue otro prostíbulo con disfraz. Era un siniestro antro ubicado en Nataniel Cox con la esquina de Tarapacá. Aunque fue un local de escasa reputación, tuvo la virtud de existir hasta muy avanzados los años ochentas, superando a muchos de los demás burdeles viejos de la capital, disfrazado de bar y cabaret. Actualmente, su local es ocupado por otro centro de amores furtivos, también vestido de manera impostora como bar.

Y en Eyzaguirre estaba el popular cabaret de La Ñata Inés, un clásico frecuentado por prominentes figuras intelectuales de la época. A diferencia de otros locales del Barrio Chino de calle Bandera o del sector de San Diego, había más que sólo “copetineras” entre las chiquillas encargadas de la atención.

Sería imposible enumerarlos a todos, pero hay algunos que merecen ser recordados, sin duda. El “Pigalle” fue uno de ellos, y estaba entre los lúgubres y pecaminosos últimos prostíbulos populares que también sobrevivieron hasta los albores del siglo XXI, aunque su nacimiento es tardío, cuando la mayoría de los clásicos había muerto. Se hallaba en las desaparecidas galerías subterráneas de Ahumada con Bombero Ossa, en la parte más interior que se internaba dos pisos bajo las entrañas de la segunda cuadra entre Moneda y Agustinas, allí donde antes había



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

estado la primera casa de los "Entretenimientos Diana" y el recordado restaurante y centro de eventos "Waldorf".

A diferencia de otros centros de oferta sexual ya asociados a la fase decadente de la remolienda, el "Place Pigalle" intentó mantener algo de falso glamur y elegancia, que en realidad siempre fue artificial. Las "niñas" paseaban y bailaban esperando que algún cliente les invitara a alguna de las llamadas *copas damas*, mucho más caras que las corrientes y con ciertos derechos especiales incluidos.

La tendencia a disfrazar lugares de prostitución aún sobrevive en el comercio: conocidos son los casos de *topless*, shoperías y cafés con piernas que no son tales, sino máscaras de oferta sexual. Sin embargo, el ambiente clásico del burdel antiguo desapareció de todos estos ejemplos, subsistiendo sólo algunos elementos de la jerga y uno que otro detalle proveniente de la prostitución más "romántica".

El ocaso de la vieja remolienda

Las restricciones a las actividades de prostitución datan casi de principios de la República, con leyes que intentaban mantener la moral pública y reprimir los comportamientos indecorosos, incluyendo las fiestas, ingesta de alcohol y proliferación de las chinganas. Como podrá sospecharse, no llegaron a grandes resultados.

Sin embargo, durante el siglo XX hubo una gran cantidad de acontecimientos acumulativos, donde se hizo clara la intención de las autoridades de erradicar las casas de remolienda de la realidad nacional. Uno de ellos es la Ley Nº 11.625 de Estados Antisociales, aprobada el 4 de octubre de 1954. Nacida como proyecto en el gobierno de Gabriel González Videla y promulgada en el segundo mandato de Carlos Ibáñez del Campo, esta ley tenía un fuerte acento moralista frente al comportamiento público y contra la delincuencia, que obligó a muchas de las casas de remolienda a adaptarse a las restricciones adoptando los giros decorativos que hemos descrito o sumergiéndose en la oscuridad para poder seguir operando de manera clandestina.

Con algunos altos y bajos, las restricciones pasaron por períodos de persecución y barrios completos fueron intervenidos. Hubo medidas bastante duras que se tomaron todavía en los años sesentas y principios de los setentas, involucrando clausuras de locales y demolición de las ex casas de *huifa*. Se acabaron los clásicos burdeles de Los Callejones, más o menos a



memoria chilena

Artículos para el Bicentenario

principios de los sesenta, y barrio San Camilo, que extendió su prolongada agonía de decadencia hasta cerca de nuestra época.

En honor a la verdad, gran parte de la delincuencia y la criminalidad, efectivamente, ya estaba asociada a estos centros en aquella época. En Barrio Mapocho, por ejemplo, las correrías poco cristianas de mujeres fatales, extravagantemente apodadas como “La Coja Berta”, “La Masca Rieles” y “La Gata”, fueron famosas la primera mitad del siglo XX. Lo mismo con la “Loca Marion” en Barrio Matadero. No pocas de estas “chiquillas” e incluso regentas acabaron involucradas en delitos de sangre, como víctimas o como victimarias. La droga hizo el resto, una sustancia que siempre rondó el ambiente de la mano de los *chulos*, famosos por el vicio “*de la buena*”, y que arruinó a más de algún bolsillo.

Al contrario de lo que en algunas ocasiones se ha sugerido con algún sesgo político, respecto de que fue a principios de los ochentas con los famosos “toques de queda” del Régimen Militar que esta época dorada de los burdeles santiaguinos se acabó, vemos que estas restricciones a la vida nocturna sólo constituyeron el golpe de gracia para la tradición de las casitas de *huifa*, que ya habían entrado en su fase de decadencia desde mucho antes, convertidas en prostitución callejera corriente y con frecuencia asociadas al tráfico de drogas.

Sólo algunos pocos burdeles populares o clásicos llegaron a raspar los últimos años del siglo XX, como vimos, enmascarados como cafés, *boîtes* o cabarets. Desde ahí en adelante, el rubro se refugiará en salas sombrías de luces cósmicas, o bien en las más refinadas “agencias” para público más pudiente. De la antigua casa de remolienda, con sus recuerdos e historias, pianos y vicrolas, sólo quedará uno que otro caso tomado de la memoria de terceros, creemos que más en ciudades como Valparaíso que acá en Santiago.

Al desaparecer las casonas de lujuria, en algunos barrios se organizaron espontáneamente grupos de vecinos que intentaron rescatar de la marginalidad a los niños hijos de las prostitutas que quedaron desposeídos con el derrumbe del rubro, procurándoles alimentación y escolaridad con ayuda de comunidades religiosas de las iglesias de cada barrio.

Fue el final para nada feliz de una historia de risas y dolores, de placeres y sufrimientos, en la aventura de los viejos burdeles de Santiago durante toda la última centuria.